

quien ha anatematizado á Pascal en nombre de la religion, á Montaigne en nombre de la moral, á Molière en nombre de la moral y de la religion. Oh! sí, ciertamente, quienes quiera que seais, los que os llamais partido católico y no sois mas que partido clerical, os conocemos. Tiempo ha que la conciencia humana se rebela contra vosotros y os pregunta: Qué me quereis? Mucho tiempo ha que procurais poner una mordaza al espíritu humano.

¡Y quereis ser vosotros los maestros de la enseñanza! ¡Y no hay un poeta, un escritor, un filósofo, un pensador, que estén dispuestos á aceptar! Y todo cuanto se ha escrito, encontrado, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por los genios, el tesoro de la civilizacion, la herencia secular de las generaciones, el patrimonio comun de las inteligencias, todo lo rechazais! Si el cerebro de la humanidad estuviese allí delante de vuestros ojos, á vuestra discrecion, abierto como la página de un libro, lo tacharíais por todos lados! ¡No lo negueis!

En fin, hay un libro que parece ser desde el principio hasta el fin una emanacion superior, un libro que es para el universo, lo que el Koran es para el islamismo, lo que las Vedas son para la India, un libro que contiene toda la sabiduría humana, iluminada por la sabiduría divina, un libro que la veneracion del pueblo llama el libro de los libros, la Biblia! Y bien! Vuestra censura ha subido has-

ta allí! Cosa inaudita! Hay Papas que han proscrito la Biblia! Qué asombro para los espíritus juiciosos, qué espanto para los corazones sencillos, ver el index de Roma pesando sobre el libro de Dios! Y reclamais la libertad de enseñar? Seamos sinceros: entendámonos sobre la libertad que reclamais: es la libertad de no enseñar.

¡Ah! ¿quereis que se os den los pueblos para instruirlos? Muy bien. Veamos vuestros discípulos. Veamos vuestros productos. ¿Qué habeis hecho de la Italia? ¿Qué habeis hecho de la España? Hace ya siglos que teneis en vuestras manos, á vuestra discrecion, en vuestras escuelas, bajo vuestra férula, esas dos grandes naciones, ilustres entre las mas ilustres; qué habeis hecho de ellas?

Voy á decíroslo. Gracias á vosotros, la Italia, cuyo nombre no puede ya pronunciar ningun hombre que piensa, si no es con un inespresable dolor filial; la Italia, esa madre de los genios y de las naciones; que ha derramado sobre el universo todas las mas deslumbradoras maravillas de la poesía y de las artes; la Italia, que ha enseñado á leer al género humano, la Italia hoy dia no sabe leer!

Sí; la Italia, entre todos los Estados de Europa, es donde hay menos naturales que sepan leer!

La España, magníficamente dotada, la España, que habia recibido de los romanos su primera civilizacion, de los árabes su segun-

da civilizacion; de la Providencia, y á vuestro pesar, un mundo, la América; la España ha perdido, gracias á vosotros, gracias á vuestro yugo de embrutecimiento, que es un yugo de degradacion y de disminucion; la España ha perdido ese secreto del poder que tenia de los romanos, ese genio de las artes que tenia de los árabes, ese mundo que tenia de Dios, y en cambio de todo lo que le habeis hecho perder, ha recibido de vuestra mano la Inquisicion.

La Inquisicion, que ciertos hombres del partido tratan hoy de rehabilitar con una timidez púdica que los honra. La Inquisicion, que ha quemado sobre la hoguera cinco millones de hombres. La Inquisicion, que desenterraba á los muertos para quemarlos como herejes, testigos Urgel y Arnault, conde de Forcalquier. La Inquisicion, que declaraba infames á los hijos de los herejes hasta la segunda generacion, é incapaces de recibir ningunos honores públicos, esceptuando únicamente, segun los propios términos de las sentencias, "á los que hubiesen denunciado á su padre." La Inquisicion, que, ahora que hablo, tiene todavía en la Biblioteca del Vaticano los manuscritos de Galileo cerrados y sellados bajo el sello del índice! Es verdad que, para consolar á la España de lo que le arrebatábais y de lo que le dábais, le habeis dado el sobrenombre de la católica!

¡Ah! bien lo sabeis. Habeis arrancado á uno de sus mas grandes hombres, ese grito

doloroso que os acusa: "¡Prefiero que esta nacion se llame la grande, y no la católica!"

¡Ved aquí vuestras obras maestras! Ese luminar, que se llamaba la Italia, lo habeis estinguido. Ese coloso, que se llamaba la España, lo habeis minado. Una está en cenizas, la otra está en ruinas. Ved lo que habeis hecho de dos grandes pueblos. ¿Qué quereis hacer de la Francia?

Veamos: venís de Roma, os felicito. Habeis logrado allí un magnífico resultado! Acabais de amordazar al pueblo romano; quereis ahora poner una mordaza al pueblo frances. Lo comprendo: esto es todavía mas hermoso: la tentacion es grande; solamente tened cuidado: no es cosa fácil: este es un leon lleno de vida.

¿A quién atacais, pues? Voy á decíroslo: á la razon humana. ¿Por qué? Porque ella forma la luz.

Sí, ¿quereis que os diga lo que os importuna? La enorme cantidad de luz libre que la Francia despide hace tres siglos, luz toda formada de la razon, luz mas resplandeciente hoy dia que nunca, luz que hace de la nacion francesa la nacion alumbradora, de tal suerte, que se percibe la claridad de la Francia sobre la faz de todos los pueblos del universo. Y bien, esa claridad de la Francia, esa luz libre, esa luz directa, esa luz que no viene de Roma, que viene de Dios, es la que vosotros quereis estinguir, y nosotros quereimos conservar!

Rechazo vuestra ley. La rechazo porque ella confisca la enseñanza primaria, porque degrada la enseñanza secundaria, porque rebaja el nivel de la ciencia, y porque disminuye á mi país.

La repelo, porque yo soy de los que sienten oprimírseles el corazón, y subir la sangre á la cara cada vez que la Francia sufre, por cualquiera causa, una disminución, ya sea una disminución de territorio, como por los tratados de 1815, ya sea una disminución de grandeza intelectual, como por vuestra ley!

Señores, antes de terminar, permitidme dirigir desde aquí, de lo alto de la tribuna, un consejo sério al partido clerical, al partido que nos invade.

No es la habilidad lo que le falta. Cuando las circunstancias lo ayudan, es fuerte, muy fuerte, demasiado fuerte. Conoce el arte de mantener á una nación en un estado misto y lamentable, que no es la muerte, pero que no es la vida.

Esto llama gobernar.

Es el gobierno por el letargo. Pero que tenga cuidado; nada de esto conviene á la Francia. Es un juego temible dejárselo entrever, solamente entrever, á esta Francia, el ideal que voy á decir:—la sacristía soberana, la libertad traicionada, la inteligencia vencida y ligada, los libros despedazados, el sermón reemplazando á la prensa, la noche producida en los espíritus con las sombras

de las sotanas y los genios humillados por los maceros!

Es verdad, el partido clerical es hábil; pero esto no le impide ser candoroso; qué! teme al socialismo! qué! vé subir la marea, según dice, y opondrá á esa marea que sube, yo no sé que obstáculo con bovedilla! Vé subir la marea y se imagina que la sociedad se salvará porque él habrá combinado para defenderla, las hipocresías sociales con las resistencias materiales, y habrá puesto un jesuita en donde quiera que no haya un gendarme! Qué miseria!

Lo repito, que tenga cuidado, el siglo XIX le es contrario; que no se obstine, que renuncie á dominar esta grande época llena de instintos profundos y nuevos; si no, solo logrará violentarla, desarrollará imprudentemente al lado temible de nuestro tiempo, y haría brotar eventualidades terribles.—Sí, con ese sistema, insisto en ello, con ese sistema que quiere hacer salir la educación de la sacristía y el gobierno del confesonario!...

(Larga interrupción).

El orador continúa volviéndose hácia la derecha.—Señores: decís que deseáis mucho la libertad de la enseñanza; procurad desear un poco la libertad de la tribuna.

Señores: El partido clerical nos invade, yo os lo digo. Yo lo combato, y en el momento en que ese partido se presenta con una ley en la mano, es mi derecho de legislador examinar esa ley, y examinar ese par-

tido. No me lo impediréis. Continúo: sí, con ese sistema, con esa doctrina y esa historia, que el partido clerical lo sepa, por donde quiera que vaya engendrará las revoluciones; por donde quiera que se presente, hará que se arrojen en los brazos de Robespierre para salvarse de Torquemada. Hé aquí por qué ese partido, que se intitula católico, es un serio peligro público, y los que, como yo, temen igualmente para las naciones las revueltas anárquicas y el adormecimiento sacerdotal, arrojan el grito de alarma cuando aun es tiempo; pensadlo bien!

Me interrumpís. Los gritos y los murmullos cubren mi voz.—Señores, yo os hablo no como agitador, sino como hombre honrado! Qué, señores, os seria yo sospechoso quizá?

Y bien! sobre este punto es preciso explicarse. En cierto modo este es un hecho personal. Pienso que escucharéis una explicacion que habeis provocado vosotros mismos. Ah! os soy sospechoso! Pero, el año último, yo defendia el orden en peligro como ahora defendo la libertad amenazada! como defenderé mañana el orden si el peligro vuelve por ese lado.

Os soy sospechoso! Y os lo era yo cuando cumpliendo con mi mandato de representante de Paris impedia la efusion de sangre en las barricadas de Junio?

Y bien! No quereis ni aun una voz que defiende resueltamente la libertad! Si so

soy sospechoso, vosotros lo sois para mí tambien. Entre nosotros el país juzgará! Señores, una última palabra. Soy acaso uno de aquellos que han tenido la dicha de hacer algunos servicios oscuros á la causa del orden en los tiempos dificiles de un pasado reciente. Estos servicios, han podido olvidarse; no los quiero recordar. Pero en el momento en que hablo, tengo derecho de apoyarme en ellos.

Pues bien! Apoyado en este pasado lo declaro; en mi conviccion, lo que es necesario á la Francia, es el orden; pero el orden viviente, que es el progreso, el orden tal cual resulta del crecimiento normal, pacífico, natural del pueblo; el orden estableciéndose en los hechos y en las ideas por el pleno destello de la inteligencia nacional. Esto es todo lo contrario de vuestra ley!

Yo soy de los que quieren para este noble país la libertad y no la compresion; el crecimiento continuo, y no la disminucion; el poder, y no la servidumbre, la grandeza, y no la nada. Qué! Son esas las leyes que me presentais? Vosotros, gobernantes, vosotros, legisladores, quereis detenernos! Quereis detener á la Francia! Quereis petrificar el pensamiento humano, apagar la luz divina, materializar el espíritu! No veis pues los elementos del tiempo en que vivís! Sois, pues, como extranjeros en vuestro siglo!

Qué! En este siglo, en este gran siglo de novedades, de acontecimientos, de descu

brimientos, de conquistas, soñais con la inmovilidad! En este siglo de la esperanza proclamais la desesperacion! Arrojaís á tierra, como hombres de trabajo cansados, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir, y decís: Ya basta! no vayamos mas lejos! detengámonos! Pero no veis, pues, que todo va, viene, se muere, crece, se transforma y se renueva al derredor de vosotros, arriba y abajo de vosotros!...

¡Ah! Quereis deteneros! Y bien! Os lo repito con un profundo dolor, yo que odio las catástrofes y los derrumbamientos, os lo advierto con la muerte en el corazon.—¿No quereis el progreso?—¿Tendreis las revoluciones! A los hombres insensatos que dicen: La humanidad no marchará, Dios les responde haciendo temblar la tierra!

LA MISERIA.

SEÑORES:

Vengo á apoyar la proposicion del respetable M. de Melun, y comienzo por declarar, que una proposicion que abrazase el artículo 13 de la Constitucion, todo entero, seria una obra inmensa, bajo la cual sucumbiria la comision que quisiese emprenderlo. Pero aquí no se trata mas que de preparar una legislacion que organice la *prevision* y la *asistencia* públicas. Así es como el autor del dictámen ha comprendido la proposicion; así es como yo tambien la comprendo, y en ese sentido voy á apoyarla.

Permítanseme, con motivo de las cuestiones políticas que implica, y á las cuales da